



Cover

NO parece que esta reforma fuese a resultar menos opresora que el actual Gobierno para el contribuyente, ni que fuese a aliviar de burocracia la vida nacional, ya tan entorpecida por ella. Serviría, en principio, para evitar ciertas disparidades de criterios que hay ahora en cuestiones afines y complementarias. Serviría, sobre todo, para unificar el poder. Nueve grandes ministros parecían, en teoría, más manejables que una inmensidad. Pero en este Consejo, entre estos nueve —quizá ocho, quizá diez— superministros habría por lo menos un vasco, por lo menos un catalán: ¿quizá un andaluz? No parece fácil que UCD conceda a su presidente, tan cascado, esta merma de poder. Tal vez trataría de relegarles a ministros de segunda. Todo parece arriesgado. La hipótesis de los superministros de las dos regiones, aparte de quitar posibilidades a UCD, crearía una sensación de agravio comparativo para las regiones menos afortunadas o menos cuidadas; admitirles como segundos ministros, sin peso en el Consejo, no sería aceptado por sus partidos de origen; nombrarlos de entre los elegidos de UCD para el País Vasco y Cataluña sería perder el esfuerzo, puesto que no tienen representación real, y aislarles más en sus regiones autonómicas; rehacer el Gobierno único de UCD sin tener en cuenta las elecciones regionales sería dar la espalda a la realidad y dar de nuevo sensación de que se alzaba una fortaleza de centralismo frente a los nacionalismos crecientes, en lugar de junto a ellos. Al mismo tiempo, con estos partidos dentro del Consejo sería más difícil limitar los nacionalismos y se produciría una nueva tirantez del Gobierno con la derecha dominante de fuera del Parlamento.

Toda esta serie de callejones con mala salida, con salida peligrosa, acentúa la sensación de malestar que rodea a Suárez desde hace unos meses y la caída continua del Gobierno de UCD; vuelven, una vez más, las especulaciones de que es el único Gobierno posible, de que la izquierda tiene que sostenerle por miedo a que cualquier otro sustituto sea más a la derecha... Lo cual conduciría, inevitablemente, al inmovilismo: a no hacer nada, ni en reforma administrativa ni en cambio de carteras, más que los retoques inevitables. Es decir, la solución de la vieja psicología franquista.

LO que parece, a su vez, imposible. Estamos ante una situación nueva: el referéndum de Andalucía, las elecciones de Cataluña y del País Vasco, han modificado el conocimiento del país y la idea que se tiene de su estructura. Es algo que sin duda deben analizar también muy profundamente los partidos de la izquierda. Tratar de hacer como si no hubiera pasado nada es, para UCD, desgastarse doblemente en el poder y perderlo de aquí a las elecciones generales. Que podrían sobrevenir antes de su fecha prevista. Pero hacer algo es difícil para un Gobierno y para un partido que ante los grandes temas nacionales e internacionales, ante los grandes y los pequeños desafíos de la vida contemporánea, se presenta con una configuración especial: no sabe qué hacer nunca. ■

EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS

LoS
CoNteM
poRa
ñEoS

PETER Preston es el director de un prestigioso periódico británico, "The Guardian", que antes era de Manchester —"Manchester Guardian"— y ahora lo es de Londres. Asiste en Palma de Mallorca a un seminario del Instituto Internacional de Prensa sobre "Prensa y minorías", y dice que está predominando el concepto de prensa como circo. En un cierto sentido, quizá sea así: el periodista es "el que recibe las bofetadas", según el título de Andreiev: el tonto del circo. Suele ser el que dice la verdad, el que demuestra que bajo la elegante cara enharinada, con la ceja alta, del payaso de lentejuelas, se oculta la verdadera tontería, el lugar común, la verdad que sólo es aparente. Su castigo es la bofetada. Y la risa de los espectadores.

Es interesante que los periodistas se preocupen de los problemas que les plantean las minorías: ellos mismos van siendo una minoría. Hablo de los periodistas de verdad. Hay, por lo menos, dos clases: unos que están "al servicio de", y en realidad no son periodistas. Otros que se empeñan en horadar debajo de las capas de harina y los trajes de lentejuelas; son los mal vistos, los minoritarios. Aunque puedan tener muchos lectores —y nunca hay, ya, muchos lectores para nadie—. No tienen partido, no tienen subvenciones: les acecha siempre la denuncia del Juzgado, y reciben llamadas telefónicas anunciándoles los peores males: las voces anónimas de los que pegan las bofetadas. Son, con toda realidad, los tontos de este circo. ¿Quién, que fuera listo, se dedicaría con tanta tozudez a un trabajo tan mal agradecido? Estando ahí la política, con sus listos de gorro cónico; estando los pequeños presupuestos que irán a mejorar su economía de una manera sustanciosa, los pequeños cargos que desempeñan en alguna hora libre, o que no desempeñan siquiera más que a la hora de la firma en la caja; estando la palmada en la espalda del poderoso, o la amistad del jefe político, ¿cómo es posible tener vocación de minoría?

Sin embargo, existe un viejo impulso. Puede que haya algo genético, puede que haya mucho más aprendido, cultural. Abogados de pobres, defensores de marginados, quijotillos de pluma en ristre, se creen a veces que las gigantes no son más que molinos de viento. Se toman en serio la vida. Se creen que ayudan a sus semejantes. Y, de cuando en cuando, les dan la bofetada. A veces una de esas bofetadas de las que ya no se levanta uno del suelo: la sociedad cuenta diez y les declara fuera de combate.

Una minoría, probablemente, a extinguir. Aún tienen el ánimo de creer que son ellos los que se ocupan y defienden a las minorías. A veces se dedican, precisamente, a las minorías que no leen periódicos. ■

POZUELO